



Mesa redonda
ESPERAR CONTRA TODA ESPERANZA

ESPERANZA Y EUCATÁSTROFE. J.R.R. Tolkien

1ª Exposición de la Mesa Redonda del XIV EFCSM 2019

D. Eduardo Segura

Eduardo Segura es licenciado en Historia Moderna, máster en Filosofía, está concluyendo sus estudios para la licenciatura en Teología y es doctor en Teoría de la Literatura y Literatura Comparada. Es traductor, editor y autor de numerosos libros. Profesor titular del Departamento de Filologías Inglesa y Alemana en la Universidad de Granada, sus trabajos y sus días se centran en el estudio de la vida y obra de Tolkien y los Inklings, el Movimiento de Oxford, Chesterton y George MacDonald.

© 2019. Fundación Maior

Con el ánimo de facilitar la difusión de los contenidos del Encuentro se permite la reproducción total o parcial de los textos de la presente publicación con tres condiciones:

- Citación de procedencia.
- Aviso previo a la Fundación Maior, que permita autorizar la reproducción.
- Exclusión de todo fin de lucro.

EUCATÁSTROFE Y ESPERANZA. J.R.R. TOLKIEN

Mi intención es mostrar brevemente de qué manera estas dos nociones se encuentran en el imaginario de Tolkien, y qué entiende el autor al referirse a la primera.

Eucatástrofe es un neologismo acuñado por el propio Tolkien en su ensayo *Sobre los cuentos de hadas* (*On Fairy Stories*). Viene a significar algo así como el giro inesperado del final feliz, más allá de toda esperanza.¹ Esperanza y eucatástrofe son, por tanto, nociones análogas, contiguas en el ámbito de la poética y la subcreación (el quehacer artístico) del escritor inglés.

Cuando Tolkien comenzó a escribir *El Señor de los Anillos*, a finales de 1937, lo hizo como continuación de *El hobbit*, respondiendo a la petición de los editores. Sin embargo, a medida que tomó conciencia de que se trataba de la continuación (y colofón final) de su mitología (el *Silmarillion*), tuvo que otorgar al argumento una dimensión escatológica: entraron en diálogo el destino final de Frodo Bolsón y el destino de todos en la Tierra Media, atado en la perspectiva de la muerte y la separación.

¿Cómo encajar esto en una teología particular, en un mundo inventado en el que no ha habido revelación, ni encarnación, ni redención?

A mi entender, la esperanza en la Tierra Media se abre camino en el obrar libre de las causas segundas, de la providencia delegada de unos por otros a través del concurso de las diversas libertades y su entrelazamiento.²

Los personajes perciben el *pondus* del pasado (su carga, también) en su presente, y la apertura al futuro se acomete en el marco de dos coordenadas:

1. El binomio comunidad – confianza
2. Responsabilidad y conciencia de que el mal (sobre todo el mal entendido como ejercicio del poder para dominar otras voluntades), no tiene la última palabra.

Esta “última palabra” ha sido profetizada, y sus vestigios jalonan el camino de sanación de toda la Tierra Media: razas, pero también bosques, animales, montañas. Hay una cierta escatología de la creación, una redención sobreabundante que es presentada en un mundo pagano como eco de una llamada que se cumplirá en su momento.³

¹ Para Tolkien la peculiar forma que adopta la esperanza más allá de toda esperanza es, de hecho, un eco de la redención obrada por Jesucristo en la cruz. La resurrección, dice Tolkien, es la “Eucatástrofe de la historia de la Encarnación”. Véase Tolkien, J.R.R., *Sobre los cuentos de hadas*, en *Árbol y hoja*. Barcelona, Minotauro 1994, p. 87.

² Un caso especial en esa providencia es Gandalf.

³ Al situar su relato en el ámbito de la ucronía (fuera del tiempo histórico conocido), Tolkien buscaba la credibilidad de su relato en la continuidad con la historia cuyos vestigios se remontan a unos diez mil años. Es decir, la peripecia habría ocurrido en un pasado remoto, en el extremo noroccidental de Europa, en un momento plenamente “pagano”: ajeno a la revelación de Yahwéh al Pueblo elegido, pero no a su misterioso eco redentor, a la promesa.

Así, la victoria de Frodo (en su derrota) es también quirúrgica en una perspectiva estética: la traición de Sauron, que es un artista (y, por tanto, su pecado) es el narcisismo y la confiscación de su esperanza: *non cogitari nisi de se*.

El Anillo forjado por Sauron, como el silmaril de Fëanor, es depositario de esa esperanza de poder y dominio de las libertades de otros: su arte aspira a la realización forzosa de su deseo y, por tanto, a la supresión de la esperanza misma. El arte de Sauron es el atajo del cínico. De ahí que su *aiszísomai* (su percepción) devenga ceguera. Sólo Gandalf prevé que no será capaz de advertir el peligro que avanza silencioso en los reticentes pasos del humilde. La derrota era inesperada para Sauron: no había expectativa de algo que no fuera él mismo, la realización en la dimensión cósmica, de su voluntad.

Esto otorga a la idea de la esperanza en Tolkien, de una profundidad de campo peculiar: la recuperación y el consuelo que llegan con la victoria final, son fruto de una voluntad entregada. Y, al no haber promesa de salvación tras la vida, el destino final de Frodo no es una suerte de “cielo”, sino el recuerdo de una belleza perdida, como lo es la Comarca (su hogar) para él. Es condenado a marchar de lo que más ama por el fracaso que señala el final de su misión. La providencia oculta durante la narración, irrumpe de manera paradójica en el momento cumbre en el Monte del Destino, para salvar al Portador del Anillo de su propia voluntad vencida. Es el eco de una gracia (por tanto, inmerecida), que sana el intento de apropiación en el instante cumbre, y cataliza la incertidumbre de todos los personajes (muchos de los cuales creen en ese momento de la narración, que Frodo ya ha muerto... y luchan perdida ya toda esperanza).